

Nota 2

Tepito, Ciudad de México, jueves 8 de junio de 2017

Caminé de nuevo hacia la esquina en la que el Pelón solía trabajar. A esa hora de la mañana la gente que trabaja en el barrio apenas comienza la jornada; muchos barren la parte de la calle correspondiente a su puesto y otros tantos desayunan. A por lo menos una cuadra para llegar al punto acordado me doy cuenta de que el Pelón va caminando tan sólo unos metros delante de mí. Su apariencia es muy parecida a la del día anterior, pero traía una playera gris con el logo de Harley Davidson.

Nos saludamos y cruzamos la calle prácticamente de inmediato. Nos encontramos con Iván y el joven de apariencia *hip-hopera* del día anterior, a quien llaman Beto; él es, de alguna manera, la mano derecha de Iván. Beto es alto (debe rondar los 1.70 m) y se ve fuerte; tiene una estructura corporal que bien podría ser la de alguien que realiza alguna actividad deportiva; usa el cabello a rape y emula bien el aspecto de un joven afroamericano; bien podría pasar por un LeBron James (jugador famoso estadounidense de basquetbol) —aunque de bastante menos estatura—. Su piel es morena, aunque tiene ese

tono ligeramente amarillento que suelen tener las personas adictas a sustancias. Llevaba tenis de basquetbolista, *jeans* holgados y una sudadera negra con gorro y botones al frente.

Esta vez no estaban en la esquina de los grafitis, sino en la de enfrente, en la que hay un puesto de comida abandonado justo en medio de dos unidades habitacionales pequeñas, también cubiertas de pintas. Pasaban el rato en el puesto: Beto, sentado en uno de los costados, recargando la espalda en la pared; Iván de pie frente al puesto, platicando con él. Llevaba una playera polo de vistoso color morado. Ambos desayunaban tortas y café, al igual que muchos de los otros comerciantes. Los saludamos, después de pasar un bocado, Iván nos dijo:

—¿Qué no habíamos quedado a las 10? —mientras miraba su reloj.

—En realidad quedamos a las 9 —le respondió el Pelón, provocando la risa de los cuatro—. Yo me tengo que ir a chambear, pero te lo dejo, ¿no? —les dijo señalándome con un ligero movimiento de cabeza.

—Sí, aquí déjalo. Nosotros lo vemos.

El Pelón se despidió y se marchó en dirección al tianguis. Iván siguió desayunando y me preguntó qué íbamos a hacer. Respondí que podíamos empezar a conversar; prendí la grabadora (y así se quedaría durante el resto de nuestro encuentro) y la guardé en el bolsillo izquierdo de mi chaleco. Iván me

contó un poco acerca de su rutina diaria. Me dijo que usualmente llegaba a las 9 de la mañana y que su trayecto era muy corto porque vivía en un hotel ubicado tan sólo a unas cuadras de su lugar de trabajo. El asunto me pareció interesante, así que seguí indagando. Me dijo que vivía desde hacía 8 años en ese espacio y que antes pasó 12 años viviendo directamente en la calle, en una pequeña explanada del barrio, tal y como me lo había mencionado en nuestro primer encuentro.

Aunque es un hotel, Iván tenía esa habitación “de planta” y pagaba por ocuparla diario; sólo dejaba de usarla algunos días al año, y sus salidas no estaban de ningún modo relacionadas con su trabajo, más bien se trataba de festividades propias del barrio, como las peregrinaciones fuera de la ciudad a espacios religiosos como Chalma. En esos casos, sacaba sus pertenencias de la habitación y permitía que el hotel la ofreciera a algún otro usuario, que seguramente era temporal. Esos días, Iván regresaba al hotel y pasaba la noche en una recámara diferente, para volver a la propia a la mañana siguiente y reanudar un nuevo ciclo.

Un hombre gesticulaba para llamar la atención de Iván desde el otro lado de la calle, la esquina grafitada. A juzgar por su aspecto, era un pepenador; señaló un sillón rojo de terciopelo, un mueble grande, aunque en sentido estricto, individual, que parecía abandonado en plena vía pública. El hombre

quería corroborar el estatus del objeto para saber si podía disponer de él. Iván ni siquiera se acercó. Gritó desde donde estábamos parados y le dijo que el sillón pertenecía al Pájaro y que no podía llevárselo, y me explicó que el Pájaro es un amigo suyo, que vivía en plena calle y solía pasar las noches en ese sillón; su complexión era tan delgada que hacía pensar a la gente que el objeto estaba permanentemente abandonado, aún cuando estuviera recostado en el mueble. Iván aprovechó para darle un recado al pepenador: le dijo que lo estuvo buscado su amigo el herrero, que necesitaba un ayudante para terminar un trabajo de pintura y pensó que tal vez él querría ganarse unos pesos extra por una jornada de trabajo. El pepenador agradeció y dijo que buscaría al herrero; antes de irse, le pidió a Iván que le avisara si se enteraba de que ya podía disponer del sillón.

Beto le dijo a Iván que todavía tenía hambre y eso dio pie a que me contaran que ese día su rutina de desayuno se había modificado. Normalmente pasaba un hombre, al que llamaban Lalo, que tenía un negocio de comida montado en un carro de supermercado. Beto e Iván formaban parte de una amplia ruta que los homologaba con el resto de los comerciantes y prestadores de servicios locales —como son diableros, franeleros, entre otros—. Lalo repetía con todos el mismo ritual: muy temprano por la mañana tomaba el pedido, lo entregaba de inmediato o lo mandaba a una hora determinada

—según el gusto del cliente— y pasaba al final de la jornada a cobrar y despedirse de cada uno de ellos.

El relato que después compartieron conmigo me pareció interesante, porque hablaba de la mezcla constante entre ámbitos que sólo retóricamente se encuentran separados entre sí, en este caso, el de la formalidad y la informalidad. Desde principios de la semana Lalo había estado ausente del negocio de comida, porque consiguió un empleo formal para complementar sus ingresos y quizá acceder a alguna prestación (de salud, por ejemplo), aunque ni Iván ni Beto sabían en dónde trabajaba o de qué. Los últimos días, quien se había ocupado del carrito era su esposa; su desventaja era que se tardaba en pasar a tomar los pedidos, pero su ventaja era ser más eficiente que Lalo, que solía aprovechar para “echar cotorreo” con los clientes, vecinos y conocidos durante toda su jornada de trabajo.

Iván me siguió contando acerca de sus datos biográficos. Tenía 54 años de edad y era nativo del barrio. Nació y creció en la calle de Tenochtitlán. Me reiteró que durante los últimos 20 años había vivido en plena calle —donde pasó 12— y en el hotel —donde había transcurrido el resto—. Nuestra conversación se interrumpió porque un joven que acababa de cruzar la calle se acercó a saludar. Lo apodaban el Muñeco y debía tener 30 años o menos, de estatura media (rebasaba el 1.65 m), tez blanca y era más bien musculoso.

Llevaba *jeans* y un par de tenis Adidas, una playera rojiblanca con una gorra que hacía juego, y un entallado chaleco de equitación negro. Lo que más llamó mi atención fue su mirada, por un par de detalles: 1) sus ojos tenían ese color amarillento que por lo general se aprecia en los adictos y 2) tenía una serie de derrames que parecían denotar que estaba desvelado del día anterior.

El Muñeco nos saludó a los tres: a Iván, de una manera muy respetuosa, pronunciando su nombre y asintiendo con la cabeza; a mí me llamó “carnal”, y usó el movimiento clásico de chocar la palma y luego el puño. Y a Beto le dijo efusivamente: “¡Puto, saca la chicharra!”;⁴ el choque de sus manos fue mucho más sonoro y, por ende, mucho más afectuoso. Beto respondió que no y su gesto produjo la risa de los cuatro. El Muñeco nos contó acerca de su frustración; la noche anterior había comprado una bolsa de marihuana “de a 25 pesos el gramo” y se sentía contento por la transacción, porque el vendedor se la había dado “bien rayada” (muy llena), y después fue a una colonia aledaña a hacer ejercicio y perdió la bolsa; cerró su historia con la consideración de que la bolsa había sido un botín para el afortunado que la hubiera encontrado y se despidió gritando: “¡Ahorita fumamos!”.

Beto afirmó que él y el Muñeco “están de la verga”, porque la historia le recordó que él también traía una bolsa de marihuana y no podía acordarse de

⁴ Resto de un cigarro de marihuana, que puede guardarse para consumir más adelante.

dónde la había dejado. Iván dijo que él había dejado la suya dentro de la unidad, pero que sólo traía consigo un gramo, que habitualmente se fumaba completo. Me explicó que la equivalencia aproximada es que con cada gramo de marihuana pueden hacerse dos cigarros y que su rutina era consumir el primero durante el día para pasar el rato y el segundo por la noche, para dormir:

—¡Duermo como angelito! Como si no debiera nada, ¡por Dios!

También me comentó que la mota que perdió El Muñeco era conocida como “goma mango”, una marihuana de muy buena calidad y sabor. Después le gritó a un joven que iba caminando por la otra acera:

—¡Vales verga! ¡Ayer fui a la barra⁵ y no estabas, pinche mentiroso!
—y luego dijo que iba a ir a platicar con el joven para tratar de solucionar el problema de la comida, porque todo parece indicar que la esposa de Lalo no va a aparecer. Y se marchó.

Un adolescente se acercó al puesto metálico, de cuando mucho 15 años de edad. Muy delgado, moreno y bajo de estatura (debía medir menos de 1.60, porque era más bajo que Iván), y llevaba una gorra negra, playera blanca de tirantes, bermuda de surfista roja con detalles anaranjados y un par de tenis de basquetbolista que lucían enormes en sus delgadas piernas. Usaba una

⁵ Lugares para hacer ejercicio, que usualmente se componen sólo de barras y pasamanos para calistenia; son muy populares entre los varones del barrio.

mariconera cruzada al pecho, cuadrada y de piel sintética negra. Esa clase de bolso es muy popular entre los varones del barrio, se ven mucho entre los comerciantes (que usualmente las utilizan para guardar dinero en las transacciones comerciales), pero también en otros varones que suelen guardar ahí sus objetos personales, como teléfonos celulares o también droga (tanto de consumo personal, como para la venta). El chico estaba claramente drogado y, dado su adormilamiento, parecía estar bajo el efecto de la marihuana.

El ritual del saludo fue prácticamente igual al que viví más temprano por la mañana; el chico me llamó “carnal” y me saludó afectuosamente, también a Iván, a quien le dijo algo que no se entendió y es que el sonido que salía de la boca del adolescente era tan sólo un balbuceo. Tomó un poco de aire y pudo articular mucho mejor. Le dijo a Iván que se había comprado una bola de hachís y que si quería una fumada. Iván respondió de manera tajante que no. Un transeúnte pasó frente al puesto y nos saludó de manera amable. Noté la bola de hachís en la mano derecha del adolescente, una pelota de resina color café oscuro; la sacó de una bolsa de plástico y en la otra mano llevaba un gotero normal, al que comenzó a retirarle la cabeza de plástico. Le pregunté a Iván si el hachís era más caro y respondió que no, pero algo en su gesto me decía que no quería hablar del tema. La situación se reforzó porque la esposa de Lalo al fin aparecía para tomar su pedido de comida, y él interrumpió para encargarse

unos tacos y pedirle que buscara a Beto para ver qué quería. Casi de inmediato apareció un automóvil negro, bastante lujoso, con los vidrios abajo. Se escuchaban los acordeones genéricos de una canción norteña. Del automóvil bajó un hombre alto (debía medir 1.75, quizá un poco más) y delgado, llevaba el cabello casi a rape y lo tenía prácticamente gris, lo que denotaba su edad (debía pasar los 50 años). Vestía de manera elegante: pantalón de vestir gris, camisa de manga corta con combinación de coloridos cuadros (turquesa y rosa) y zapatos bostonianos, cafés, perfectamente boleados. En su muñeca izquierda se apreciaba un imponente reloj plateado y, en la derecha, una delgada esclava de oro.

El hombre le preguntó a Iván si se encontraba su amiga y él le pidió que la llamara por teléfono. Aparentemente le dieron el visto bueno para ingresar. Asintió un par de veces con la cabeza mientras miraba a Iván, quien me pidió que lo esperara, porque “tienen que ir por algo” y no iba a tardar. Por el aire solemne que adquirió el intercambio, supuse que se estaban comunicando con alguien importante, con una de las personas para las que Iván trabajaba. Iván y él entraron a una unidad habitacional cercana. Yo me quedé solo con el adolescente, que seguía preparándose para fumar hachís; había arrancado un pequeño trozo de la pelota y lo amasaba con los dedos índice y pulgar para

formar una bola diminuta que trataba de colocar en la punta más angosta del gotero, que era ya sólo un delgado tubo de plástico.

Le pregunté al adolescente cuánto le había costado su bola de hachís y como intuyendo que quisiera adquirir una, me advirtió que no la había comprado en la esquina, sino en las inmediaciones de la Torre Latino. Me pareció que era un lugar increíblemente transcurrido y un tanto inusitado para adquirir drogas, aunque supongo que en ocasiones la mejor forma de esconder algo es dejarlo a la vista de todos. Seguí inquiriendo acerca de si esas transacciones ocurrían en plena calle y cómo es que uno podía saber que alguna se estaba llevando a cabo. El adolescente condensó todo en una frase:

—Sí, pues uno que es vicioso, le encuentra —y yo, que me sentí un poco ridículo ante esa lógica, sólo pude responder con un:

—A huevo.

El procedimiento para fumar hachís no le estaba dando buenos resultados, según lo que pude apreciar. El chico trataba de quemar la resina con el encendedor para que se convirtiera en humo dentro del gotero, pero no lo estaba consiguiendo. Por sus gestos, parecía que buscaba algo, pero reanudó nuestra conversación, añadiendo que el precio de hachís oscilaba entre 70 y 90 pesos por gramo y que eso es lo que pesa su pequeña pelota: un gramo. Yo le pregunté si era más fuerte que la marihuana y él dijo que consideraba que no, ya que al

fin y al cabo es un derivado de la misma sustancia. Según él, el hachís es la resina de la marihuana tal y como se aprecia en algunos procedimientos cotidianos de consumo, como al deshacerla en un *grinder*; lo que cambia es la cantidad de marihuana que permite acumular una gran cantidad de resina, que se torna una masa maleable al mezclarse con agua.

Beto regresó al puesto metálico y saludó al adolescente. Éste le preguntó si usaba aretes. Beto respondió que no y pareció un tanto sorprendido, y preguntó para qué querría un arete en medio del ritual de fumar hachís. El chico creía que utilizando el poste del arete podría acomodar mucho mejor su porción de resina dentro del tubo de plástico y así, al fin fumar de manera eficiente. Hizo una pausa en su argumentación técnica y retomó nuestra plática de generalidades, sólo para cerrarla diciendo que lo que sí podía afirmar es que el hachís te pone bastante chido.

Iván regresó al puesto e interrumpió la conversación. Me comentó que pronto su trabajo se iba a incrementar igual que el número de interrupciones, porque iba a comenzar a hacer mandados y no podía quedarse en un solo sitio. Intuía que eso contravenía nuestra relación de entrevista. De hecho, parecía que el estereotipo que tenía del encuadre coincidía con el que tendría cualquier profesional de las ciencias sociales: que nos sentáramos a compartir alguna bebida, mientras yo prendía la grabadora, y que platicáramos sin interrupciones.

Sugirió que para llevarlo a cabo deberíamos pensar en otro día y en un horario diferente.

En primera instancia, Iván pensaba que la noche podría ser un buen escenario, porque a esa hora estaba prácticamente libre de obligaciones, pero luego recordó que la semana había tenido tardes sumamente lluviosas. Pensamos en otro día y él sugirió el martes, que técnicamente era su día libre, porque ese día Tepito permanece cerrado. Dijo que el martes siguiente podríamos sentarnos en la pequeña explanada en la que solía vivir y conversar con mayor tranquilidad. Pese a eso, Iván no me pidió que me retirara; tomó una silla plegable de metal que estaba sola en plena calle, la recargó en la pared y se sentó, y yo decidí sentarme en el piso junto a él.

Algunos vecinos pasaban frente a nosotros y saludaban de manera amable a Iván. Él me dijo que éste era un tema fundamental, que “todo el mundo lo conoce” por ser nativo del barrio y que eso es lo que le daba más valía a su testimonio. Nos interrumpió el hombre elegante que había regresado a la calle y se despidió diciendo: “¡Vámonos, mi Iván!”, y abordó ágilmente su automóvil. Iván me dijo en voz baja que era un comandante de la policía federal a quien le encantaba el perico. Yo comenté que el hecho de que tuviera un buen puesto en la corporación explicaba su automóvil y su aspecto. Le pregunté entonces sobre la relación con la policía en general y me respondió que estaba

comprada, que por lo general no se metían con nadie, mientras recibieran “para el chesco” (refresco), algo así como “100 varitos (pesos) a la semana”.

Esto parecía un soborno microscópico, pero pensando que todos los involucrados con el comercio de estupefacientes y otras ilegalidades en el barrio cooperaban con cantidades similares, podía producir buenas sumas de dinero por el simple efecto de la acumulación. Iván creía que ésa era información bastante delicada y que, a pesar de que eran cosas que se sospechaban o incluso se sabían gracias a los medios de comunicación, debería pensar antes de diseminarla. Quizá por eso mismo creía que convenía considerar una perspectiva mucho más histórica, centrada en su historia personal. Después de todo, él había pasado quince años en prisión y varios más en diferentes prisiones capitalinas. Me aconsejó que llevara una libreta para tomar algunas notas importantes.

Una mujer se acercó para preguntarle a Iván si había podido sacar la basura el día anterior y él contestó que no, que la fuerte lluvia les había impedido completar la tarea, pero que quedaría resuelta al final de la jornada. Poco después, apareció una camioneta de la policía que pasó justo frente a nosotros; circulaba lento. Los dos oficiales saludaron a Iván asintiendo y levantando la palma de la mano. Iván hizo exactamente lo mismo y la camioneta siguió su camino. Iván rio un poco y me dijo: “¿Viste eso?”, sabedor de que era una

imagen sumamente elocuente para ejemplificar su afirmación acerca de la cooperación con los policías.

Seguimos con nuestra plática y le recordé que el día anterior me había hablado acerca de su intención de escribir un libro sobre su vida. Me dijo que era un proyecto que de verdad había contemplado, pero que nunca había podido concretarse, que se había apendejado. Me relató que salió en 1999 de prisión y que su mamá, que era su único enlace con su familia, había fallecido de un paro cardíaco; poco después de eso, él comenzó a vivir en las calles. Un hombre interrumpió la conversación para preguntarle a Iván si había visto el camión del gas, a lo que respondió que no pero que, a juzgar por la hora y el día, no debía tardar.

Reanudó su historia: contó que los años que vivió en la calle habían sido duros, sobre todo en materia de adicciones. Afirmó que en aquellos días había llegado a consumir hasta seis sustancias diferentes a lo largo de una jornada, y las enumeró: marihuana, chochos, cocaína, crack, activo y alcohol. Agregó que ese ritmo de consumo había durado todo el tiempo que vivió en la calle, aproximadamente doce años, y que lo más que dejó de comer y dormir por el vicio habían sido 16 días. Le pregunté si en la misma calle le ofrecían y él me recordó que la calle en la que nos encontrábamos tenía múltiples puntos de venta, que la delegación la consideraba un “punto rojo”.

Una vez más, una transeúnte saludó amablemente a Iván y él reiteró que la amistad de las personas era uno de sus bienes y que se lo había ganado desde el tiempo en el que estaba inmerso en las adicciones. Yo creo que esa es una forma diferente de enunciar el tema de la confianza, que no debe ser poca cosa en un ámbito como en el que se desenvuelve. Le pregunté por la violencia en el negocio, si se había recrudecido a últimas fechas; él creía que nunca había sido un ambiente fácil, pero últimamente esto se debía a que se había intensificado la competencia y porque la “avaricia” de algunos involucrados había aumentado: “Es la visión de que ‘tú vendes más que yo y eso no se puede’”.

Regresé al tema de las adicciones para preguntarle cómo adquiría las sustancias, como los chochos o la cocaína, que quizá podían ser más costosos que la marihuana y el activo. Iván me dijo que se las proporcionaban, que las personas que lo mandaban a hacer un mandado le daban a escoger cómo quería recibir su pago, si en dinero o en droga. Me comentó que él siempre se acercó a las personas importantes, a la gente que imponía respeto en el barrio. Una mujer que salía de la unidad habitacional le dijo a Iván que alguien de arriba estaba preguntando por él; se alistó para irse, pero la mujer aclaró que era sólo una broma, rio y le dijo: “¡Vas a ver, cabrona!”. Iván reiteró sus intenciones de ayudarme, de compartir su historia, intuyendo que en un círculo académico puede ser bien recibida. Él creía que a la gente le iba a producir sorpresa, que

iba a preguntarse cómo había sido que me metí al barrio y cómo había dado con la persona indicada.

Una mujer madura (debe rebasar los 50 años) caminó hacia nosotros; bajita (debía medir poco menos de 1.60) y robusta, su tez era morena clara y tenía el cabello largo, rizado y pintado de rubio. Venía acompañada de una mujer de compleción muy parecida, aunque más joven (debía rondar los 30 años), con el cabello lacio y castaño, y traían también un niño pequeño (de 3 o máximo 4 años), perfectamente arreglado como un varón del barrio: *jeans*, tenis de basquetbol, sudadera y corte de cabello a la moda, con la línea marcada con navaja. Venía montado en una moto de plástico que simulaba ser una Suzuki — o algún ostentoso modelo japonés de carreras—, aunque con los colores y emblemas del Capitán América. La conversación dejaba ver que eran madre, hija y nieto. La mujer madura llevaba una gran bolsa con objetos personales, entre los que destacaba una chamarra para el niño. A juzgar por la expresión y modales de Iván cuando la vio, podía deducirse que era alguien importante o que venía a ver a alguien importante, pero todo parecía ser más bien un asunto familiar.

Le preguntaron a Iván por un hombre y él dijo que no había aparecido por el lugar. Se levantó rápidamente, alcanzó a la mujer y la ayudó con la gran bolsa, que colocó posteriormente en su silla. La mujer madura se quedó

hablando por teléfono con uno de sus hijos y le dijo que ya iban para su casa. Iván me dijo que regresaba en un momento, que tenía que hacer algo, al parecer relacionado con las mujeres y con alguien que estaba adentro, en la unidad. El niño de la moto dialogó conmigo acerca del vehículo y me dijo que su hermano, que es más grande, tenía una de verdad. Otra mujer, muy robusta, morena y de cabello rizado, a la que se referían como tía y que salió de la unidad, se quedó charlando con ellas. De pronto Iván regresó y yo me levanté del piso; me preguntó si ya estaba entumido y le respondí que sí. Rio. Las mujeres tuvieron un intercambio con el niño, porque no quería ponerse la chamarra aunque en ese tiempo estaba lloviendo mucho en las mañanas y las tardes eran frías. Iván intervino cariñosamente y le dijo que si no se tapaba se iba a enfermar y después no iba a poder salir a pasear en su moto.

Pactamos una nueva fecha para realizar la entrevista, el siguiente martes a mediodía. Me señaló un puesto de comida que se apreciaba un par de cuadras adelante y me dijo que ahí solía desayunar cuando descansaba; que era muy seguro encontrarnos ahí. Iván creía que en ese lugar podríamos hablar, en la barra o incluso circular un poco por el barrio observando los lugares de convivencia, como los espacios en los que hay tardeadas o los gimnasios. Me dijo que no me preocupara, que en esas calles todo estaba controlado: “no va a

haber problema con la banda”. Antes de despedirnos, me dijo que en medio de todo había olvidado preguntarme mi nombre.

—Me llamo Jovani —nos estrechamos la mano y me marché caminando despacio. Beto, a quien habíamos perdido de vista, pasó lentamente en una bicicleta antigua, color turquesa, y se despidió de mí sacudiendo la mano.